

## **DEMOCRACIA Y ECONOMÍA<sup>1</sup>**

**por José Luis Coraggio**

Agradezco a la Fundación El Universo y a Oxfam por el privilegio de poder dirigirme al público de esta ciudad de Guayaquil, sobre un tema cuya relevancia es evidente en el caso de Ecuador actual, pero igualmente significativo para toda América Latina.

Voy a plantear algunas líneas para la discusión, para la conversación entre ustedes, intentando una aproximación al tema de la democracia desde un ángulo poco usual. Creo que la riqueza de este evento resultará de la pluralidad de perspectivas que fueron planteadas, cada una de las cuales aporta algo a una cuestión compleja.

*Una* democracia, no *la* democracia (por que hoy hay muchas democracias en el mundo) es, entre otras cosas, un sistema para institucionalizar las garantías de efectivización de los Derechos Humanos. Lo central desde esta perspectiva no es, entonces, la presencia y continuidad en el funcionamiento de un sistema ya dado de instituciones, entendido como democracia: la división de poderes, el sistema de partidos, el régimen electoral, el apego a la ley, etc. sino si el sistema institucional existente permite, en su estructura y su funcionamiento, el cumplimiento de los Derechos Humanos. El listado de esos derechos suele asociarse con la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que se llama universal si bien tiene historia y seguramente evolucionará en el futuro. Franz Hinkelammert asume esta perspectiva, y ve a *las* democracias como formas políticas de institucionalización de la garantía que el Estado tiene que dar al cumplimiento de estos Derechos. Y el tema de este evento indica que tenemos que evaluar la democracia en el contexto de la transformación y globalización de las principales relaciones económicas que caracteriza esta salida del modelo industrialista de desarrollo.

Antes que nada debemos plantear el problema de fondo: si nosotros leemos la Declaración de los Derechos Humanos, incluye un listado de derechos como el derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de la persona, a la igualdad ante la ley, a la privacidad, a la propiedad individual y colectiva, a la libertad de pensamiento, a la nacionalidad, a la educación, a un nivel de vida adecuado, a organizarse, a elegir y a ser elegido, etc. etc. así como capítulos de derechos más específicos que se han ido agregando atendiendo a las luchas y reconocimiento

---

<sup>1</sup> Exposición realizada en el encuentro “Pensando la Democracia”, organizado por OXFAM y la Fundación el Universo, en Guayaquil, 6 de junio de 2000.

de sectores oprimidos o explotados: de la mujer, de los niños, de los grupos étnicos, etc. Podemos advertir que, desde un punto de vista lógico, pero en particular desde el punto de vista práctico, es imposible absolutizar alguno de los Derechos Humanos y garantizar que se cumpla totalmente, sin que entre en colisión con el pleno cumplimiento de algunos otros. (Para dar un ejemplo que suele ocupar las primeras planas de los diarios: el derecho a la vida puede entrar en colisión con el derecho a la libertad y a la privacidad cuando se trata del tema de los métodos contraceptivos.)

Por lo tanto, el problema que enfrentan las sociedades es como articular ese listado de derechos en un *sistema* y la cuestión crítica acá es cuál de los derechos se elige para, desde él, jerarquizar-respetando a los demás, para desde ese derecho ver los alcances y límites a la realización de los otros derechos. Y esa jerarquización pondrá la impronta del sistema de instituciones políticas y no políticas de esa sociedad.

Así, no es lo mismo jerarquizar el sistema de Derechos Humanos a partir del derecho a la propiedad privada que hacerlo a partir del derecho a una vida digna. No resulta la misma estructuración de los derechos ni las instituciones coherentes con esa jerarquización pautan la vida social de la misma manera. Se puede decir que todos los derechos deben realizarse o respetarse por igual, pero esto en la práctica no es posible.

Dado que el tema es “*economía y democracia*”, parto de la afirmación de que los derechos tienen condiciones materiales que permiten o impiden su realización. La posibilidad de que en una sociedad y en un momento concretos se realice un dado régimen de Derechos Humanos depende en parte del nivel y estructura del desarrollo material alcanzado. Si quieren, para ponerlo en términos de la jerga economicista, depende del nivel del producto bruto nacional (PIB), y de su composición y distribución. A igualdad de otras condiciones, una sociedad con pocos recursos materiales tiene menos posibilidades de realizar el conjunto de los Derechos Humanos que otra más rica. O dos sociedades con riqueza similar pero generada y distribuida de distinta manera también tendrán posibilidades distintas. No se trata entonces de una mera relación cuantitativa entre más riqueza y más cumplimiento de los Derechos Humanos, pero hay condiciones para su cumplimiento que tienen que ver con los recursos y por eso el sentido de vincular economía y democracia.

¿Qué es una economía? Puede ser definida como la forma en que una sociedad utiliza los recursos limitados con que cuenta para satisfacer los Derechos Humanos o, si se quiere, las necesidades legítimas de todos los ciudadanos de esa sociedad. Pero esa definición abarca sistemas económicos muy distintos, es todavía una definición muy abstracta. En particular, en el caso concreto de nuestras sociedades, que podemos decir son sociedades predominantemente capitalistas, la economía no es tanto un medio para satisfacer los Derechos Humanos, sino una esfera de la existencia que tiene la pretensión (o la realidad)

de ser autónoma de la voluntad humana, en el mismo sentido de autonomía de la esfera del mundo físico o la del mundo de la vida.

La afirmación de tal autonomía implica que las relaciones económicas y sus resultados estarían regidas por leyes pretendidamente “naturales” (universales, como las leyes de formación de precios en la interacción entre la oferta y la demanda en los mercados) que algunos consideran tan objetivas y dadas como las de la física o de la biología. Para esa visión, tal como ocurre con las leyes físicas, el pensamiento y la práctica humanas pueden descubrir y aprender a moverse eficazmente dentro de las leyes económicas, pero no pueden violarlas. La ciencia económica cumpliría el papel de descubrir, sistematizar y formalizar esas leyes para guiar la acción humana en esa esfera.

Pero mientras que las leyes físicas y biológicas no se han modificado (al menos no en el tiempo de la sociedad humana) aunque sí haya cambiado el conocimiento que se tiene de ellas y la capacidad de actuar eficazmente en su marco, como indican las sucesivas revoluciones tecnológicas, los estudios históricos y antropológicos han mostrado que las formas que rigen la economía sí han cambiado, y que en ello ha tenido un papel creciente la voluntad social. Incluso formas económicas como el mercado o el comportamiento maximizador individualista son propios de ciertas culturas y han sido institucionalizados por obra del poder del Estado. Del mismo modo, el desarrollo económico centrado en la industrialización fue impulsado desde el Estado y la dinámica de las luchas sociales combinadas con la gestión keynesiana de la demanda dio lugar al Estado de Bienestar, al desarrollo de los sistemas de seguridad social, acompañado por el desarrollo y legalización de los sindicatos de trabajadores. Ahora es también desde el Estado que se desmantela aquel sistema, liberando al mercado y acentuando el individualismo. Con las reformas flexibilizadoras del mercado de trabajo impuestas desde el Estado hoy tenemos a los trabajadores compitiendo entre sí por obtener “algún trabajo con algún ingreso” y rompiendo con las reglas de solidaridad de clase que imperaban bajo el modelo industrialista. Estas “tendencias al individualismo” así como las “tendencias a la solidaridad” no son biológicas y universales sino cultural e históricamente relativas.

En los sesenta se hablaba de los derechos universales como derecho innato de todo individuo o grupo de acceder a ciertos niveles y condiciones de vida determinados socialmente como propios de la ciudadanía. Hoy el discurso estatal de vertiente neoliberal niega la existencia de un amplio rango de derechos de tal carácter (entitlements) y se limita a reconocer la necesidad de garantizar la satisfacción de ciertos requerimientos mínimos para la sobrevivencia elemental. Hoy se habla no de igualdad sino de equidad o de igualdad de oportunidades.

Se dice que no podemos aceptar la igualdad de todos como principio porque entonces qué sentido tendría la competencia. La competencia es vista como un mecanismo que moviliza y estimula a cada uno motivado por ganar y ganar más aunque sea a costa de los otros. De la igualdad efectiva como resultado prometido se pasa a la desigualdad de resultados pero sobre una base de igualdad de

oportunidades, que supone que todos puedan tener la posibilidad de competir. “Si se lo propone, cualquiera puede ser empresario” decía Milton Friedman. Esto, obviamente, es negado en la práctica, del mismo modo que sería falso decir que hay igualdad de oportunidades porque todos los corredores en una competencia salen de la misma línea, cuando están alimentados y entrenados muy desigualmente.

No hay igualdad de oportunidades, a pesar de que se suele decir que a través de la educación básica obligatoria y de otros recursos de ese tipo el Estado garantiza una igualación de las oportunidades en el inicio. Pero, para tomar ese aspecto, los estudios del sistema educativo y los procesos de aprendizaje, demuestran que el sistema escolar se ha diferenciado en establecimientos de nivel muy distinto, asociados en muchos casos a la clase social de la que proviene los alumnos, y a esto se suma la diferencia de partida, dada por el capital educativo, cultural y social que trae cada niño al ingresar al sistema escolar. El derecho a la igualdad de oportunidades no se está realizando y no se ve que haya la decisión de realizarla, es más bien parte de un discurso legitimador de este sistema.

Otro elemento del discurso estatal neoliberal, muy importante en esta coyuntura de exclusión social por la que atraviesan nuestros países, es la pretensión de hacer a cada individuo responsable de su situación. Esto es la otra cara de negar la responsabilidad del Estado en garantizar sus derechos. Si alguien hace tres años que no consigue empleo es porque carece de las capacidades o atributos que la sociedad reclama y él no tiene, porque no estudió lo que había que estudiar, no se capacitó como se tenía que capacitar, o no se comportó como me tenía que comportar. Los estudios sociológicos muestran que tanto en Europa como en América Latina, un sector creciente de los desempleados se siente responsable de su situación. Ante la pregunta ¿por qué no tengo empleo? no tiene una explicación elaborada de lo que está pasando con la globalización, la revolución tecnológica, la desregulación del mercado, la concentración del poder económico, la retirada del Estado de Bienestar, sino que se dice “me falta algo: no sé esto, no estudié, no ahorré”, en fin, se siente responsable. De más está decir que se hace difícil extender esta “explicación” a los excluidos por razones de edad, rechazados por tener “demasiada” experiencia para trabajos poco calificados, y que contribuyeron a capitalizar los sistemas de seguridad social que hoy están siendo desmantelados. Estamos ante un sistema que no garantiza los derechos humanos históricamente definidos como propios de una vida digna. El mercado se convierte en la institución que decide quién puede ejercer sus derechos y quién queda excluido. Y la política y el Estado pueden contradecir o consolidar esa institución y esos resultados. Eso nos dirá qué clase de democracia tenemos.

En una democracia, los sistemas económicos injustos, aún basados en el poder, necesitan ser justificados, necesitan un trabajo de ocultamiento o seudoexplicación para que la ciudadanía los considere intocables. Hay una especie de seudoantropología que intenta justificar esto y sobre la cual no me voy a extender, formada por los supuestos subyacentes de la teoría económica neoclásica, el brazo teórico del neoliberalismo, que trata de demostrar, usando

fórmulas matemáticas muy sofisticadas que le dan un manto de cientificidad, que si cada uno busca su máximo beneficio, de alguna manera la mano invisible, aquella de Adam Smith, hará que toda la sociedad cambie para mejor, y que está en la naturaleza humana el competir y la búsqueda de la maximización del valor o la satisfacción. Incluso los antropólogos del colonialismo estudiaban “al otro” con teorías de la naturaleza humana como ésta, lo que, por ejemplo, les permitía llegar fácilmente a la conclusión de que los otros eran irracionales y por tanto podían ser tratados como animales (hoy ya no se acepta decir esto, pues se ha avanzado en los derechos de los animales!). No advertían que tenían otra racionalidad sino que les faltaba, porque ellos entendían *la* racionalidad manifestada en términos de la eficiencia en el uso de recursos escasos, la maximización de la riqueza. El desgaste de recursos “innecesario” (por ejemplo: las fiestas), era visto como irracional, una señal no de diferencia sino de atraso, de primitivismo. Luego vinieron los antropólogos que comenzaron a intentar comprender seriamente esas otras culturas.

Hoy, para la antropología más avanzada, uno de cuyos representantes más conspicuos es Bourdieu, el estudio de los mercados concretos, no el modelo de mercado teórico, muestra que las disposiciones económicas, las habilidades, las voluntades que la teoría neoclásica supone que son naturales al hombre: las preferencias, los gustos, las propensiones al trabajo o al ahorro, no son naturales. Son culturales y están articuladas por otros valores y otras disposiciones. Incluso en las sociedades más afines al sistema capitalista, como es el norteamericano, el desarrollo de esas habilidades, de esas propensiones de los individuos, depende de la capacidad material que tienen para ejercerlas. Así, para calcular en el margen los costos y calcular la tasa de ganancia para varios cursos de acción posible, y sobre esa base tomar la mejor decisión, hay que tener muchos recursos. Si uno tiene pocos recursos, las necesidades más elementales se resuelven sin tanto cálculo. Es cuando se llega a una posición en que se tiene miles o millones de dólares de ingreso o de capital, que se hacen cálculos matemáticos para calcular y maximizar. Entonces, estas disposiciones dependen, por un lado, de un sistema socioeconómico, pero por otro lado dependen de los recursos que se tienen dentro de ese sistema. Dependen de la posición relativa y dependen del sistema donde cada individuo está y también, claro, de la trayectoria que cada individuo haya tenido, de la cultura, de los valores de los que participa.

Ahora bien, para que la ciudadanía pueda interrogarse sobre el sistema económico actual, sus tendencias y las posibilidades de reformarlo para que sea más justo, más igualitario, es preciso que pueda pensar que existen alternativas mejores. ¿Hay otros modos de organizar la economía, que no sea este modo capitalista? ¿Hay otro sistema de organización de la producción, de la difusión del consumo, de la reproducción de la vida de todos los miembros de la sociedad? ¿Hay la posibilidad de una economía con otra ética, por ejemplo, donde el servicio, la reciprocidad, la solidaridad, sean valores centrales y no marginales en una sociedad? Hubo un intento, que fue el socialista, de organizar de otra manera la economía moderna, poniendo el énfasis en la satisfacción de las necesidades básicas de todos los ciudadanos, un sistema centrado en el conjunto de derechos

asociados a la justicia social, pero que se absolutizó subordinando un conjunto de derechos asociados a las libertades políticas. Cuba es un ejemplo de cómo se puede resolver las necesidades de todos, incluso con recursos limitados, pero hay algunos cuestionamientos en cambio, respecto al cumplimiento de al menos una parte de los derechos de libertad política.

Hoy hay en todas nuestras sociedades algo que está fuera del interés de la gran teoría, que es la economía doméstica, la de los hogares y las formas extendidas, comunitarias o sociales. En la economía del hogar se supone que hay un grupo humano que coopera para que todos se reproduzcan en mejores condiciones, que hay que compartir, que hay reglas de reciprocidad. Se dan también otras cosas: hay violencia, hay abuso de la mujer o del menor, pero desde el punto de vista económico hay otras reglas. Y hay en nuestra América extensiones de esta economía doméstica -que existieron en formas más puras en las comunidades indígenas que todavía no se habían encontrado con el colonialismo occidental- como son las redes solidarias, las redes de cooperación, las cooperativas, formas de asociación y autogestión donde los miembros comparten entre sí y todos buscan mejorar sus condiciones de vida. En algunos países europeos hay incluso políticas de Estado tendientes al desarrollo de formas de economía social, sin fines de lucro.

Hay entonces otras maneras de organizar la economía, otros valores, otras relaciones posibles. Ahora bien, si el sistema capitalista no es universal, no es ahistórico, sino que tiene historia: alguna vez tomó forma y se desarrolló. Es más, estamos presenciando como cambia hoy de forma al desaparecer el Estado de bienestar, el mismo que surgió como resultado de las luchas sociales e incluso de intereses de grandes grupos económicos, como la Ford, que necesitaba un mercado amplio y por eso propiciaba que sus trabajadores pudieran comprar los automóviles que producían. Por razones económicas del mismo capital o por razones de las luchas políticas, de la lucha de clases, se desarrolló en la primera mitad de este siglo un sistema centrado en un Estado que garantizaba las condiciones de la acumulación y a la vez un conjunto de derechos sociales que son parte de ese sistema de derechos universales, a través de los sistemas de seguridad social, de los salarios indirectos, de la legalización de los derechos de los trabajadores, de las regulaciones del mercado de trabajo, a través de ponerle límites al monopolio, etc.

Entonces, hubo un Estado muy fuerte, que implicaba una democracia, una manera de institucionalizar el sistema de Derechos Humanos, lo que establecía ciertos equilibrios dentro del mismo sistema capitalista y entre los derechos. Ahora estamos pasando a un sistema donde se absolutiza uno de los derechos, el de la libertad de iniciativa privada. Y se lo hace de la manera más peligrosa posible, que es asociar ese derecho con el desarrollo previo e ilimitado de una institución particular que es el mercado. Esto es lo que algunos filósofos llaman el principio del mercado total: el mercado, se propone, es la manera universal de organizar todas las actividades humanas. Esto es, a mi juicio, una regresión; a juicio del neoliberalismo es un progreso.

Este paso del Estado de Bienestar al mercado total es una prueba de que el capitalismo puede cambiar, se puede transformar, en este caso de forma socialmente regresiva y con las consecuencias que estamos percibiendo. Pero no es que cambió por desarrollo natural, como quien dice por las leyes de la evolución natural. Es resultado de un proyecto de poder neoconservador, del que dos figuras reconocidas han sido Reagan y Thatcher. Es decir, hubo un momento en la historia, junto con la caída del sistema socialista, en el que se impone, sobre todo en nuestros países, este cambio de sistema, esta transformación, que no es una mutación natural, como no fue natural que surgiera el mercado porque el mercado fue construido por el Estado, no es que el Estado vino después del mercado. Fue impuesto y desarrollado desde el Estado.

Este proyecto político conservador, aliado con el poder económico más concentrado, implica liberar al capital como nunca estuvo liberado. Hoy el capital circula con una libertad como nunca tuvo en el mundo a escala global y eso es básicamente la globalización, es la libertad del capital para moverse más allá de las fronteras, para poder decidir donde hay que invertir, para movilizar sus productos y servicios, la producción cultural e informativa mercantilizada y los sistemas educativos que ha convertido en negocio, para poder decidir quién tiene Derechos Humanos, qué sociedades pueden tener un Estado que regule y controle las condiciones de vida de sus ciudadanos y qué sociedades deben tener un Estado débil, incapaz de poder garantizar los derechos más elementales.

La democracia electoralista acompañó el proceso de ajuste estructural neoliberal. Incluso en mi país, donde fue la dictadura militar la que dio los primeros traumáticos pasos para desarmar el sistema y privatizar ilegítima y fraudulentamente al Estado, cuando volvió la democracia los sucesivos gobiernos convalidaron lo actuado, terminaron aceptando la impunidad e incluso estatizaron la deuda privada. Y aunque se prometió una cosa y se hizo otra, hay que admitir que, engañada o esperanzada, la sociedad representada a través del sistema democrático electoral no dijo no al ajuste que iba a fragmentarla, empobrecerla y someterla a un pragmatismo cortoplacista y alienante. Esto me hace pensar que puede haber un problema también con el sistema democrático electoral, cuando las consecuencias sociales del ajuste son tan brutales como los que estamos viviendo y la ciudadanía no puede anticipar las consecuencias de sus decisiones o demora tanto en reaccionar.

¿Es ésta la única realidad posible o hay otra realidad posible? Para poder pensar en otros desarrollos a partir de lo existente, tenemos que luchar contra el pensamiento único, esa matriz del sentido común que nos dice que no se puede ya más hacer "ingeniería social", que hay que dejar que se procesen las cosas, que no se puede hacer que el Estado gaste más en recomponer la sociedad o que intervenga contrarrestando los efectos perniciosos del mercado. Algo que es increíble que sea aceptado incluso por muchísimos estudiosos o comunicadores, porque ante nuestros ojos los gobernantes adoptan una doctrina neoliberal y hacen activa ingeniería social, transformando nuestros mercados, reformando

nuestros estados, desarticulando la representación de nuestras sociedades y las sociedades mismas. Es difícil no pensar que aquí hay mentira, ocultamiento, manejo estratégico del conocimiento, de la información y de los temores de la gente. O un descomunal proceso de autoengaño.

Por un lado se dice que lo que pasa es parte de un proceso natural de escala global, y por tanto inevitable, como un terremoto, que no se puede pensar en pararlo sino en actuar para sobrevivir. Y por otro hay ingeniería social, se está construyendo esta sociedad desigual, hay centrales desde dónde se aprietan botones y se detonan bombas que provocan el equivalente social de las ondas sísmicas. Ese pensamiento único afirma que la racionalidad única y universal es la que indicaba antes, la de la competencia entre individuos, grupos, comunidades, empresas, ciudades, países, continentes, en la búsqueda de lucro o el beneficio particular.

El mercado ya está globalizado en la matriz básica del capitalismo: el capital financiero, y seguimos sufriendo las consecuencias y haciendo un esfuerzo para contabilizar las “oportunidades” que nos abre la pérdida de soberanía, de poder ciudadano, e incluso la pérdida de sentido. Lo extremadamente peligroso en este momento es que, no contentos con que el mercado financiero se haya liberado y esté en marcha la globalización de todos los mercados, el proyecto neoconservador exige que todos los dominios de la existencia se rijan por las mismas reglas.

En el campo de lo social experimentamos las llamadas políticas sociales focalizadas para atender exclusivamente a los sectores de pobreza extrema, dejando al resto de la ciudadanía en condiciones de clientes o usuarios de servicios públicos privatizados, cuyos precios, se dice, serán regidos por los mecanismos de mercado. A la vez, la flexibilización del mercado de trabajo supone el aumento de la desocupación y la pérdida de ingresos reales para sectores masivos de la población, incluidos los que eran sectores medios en el modelo anterior. Se pretende incluso que el Estado pase sus responsabilidades a organizaciones del llamado “Tercer Sector”, y que éstas compitan entre sí en un mercado de fondos sociales.

La política social se supone que es un mecanismo social, producto de la voluntad colectiva de que no es posible dejar que el mercado libre genera niveles extremos de pobreza. Se trata de contrarrestar al mercado entonces. Pero a la vez se introducen mecanismos del mercado para gestionar esos recursos y programas. Esto se puede explicar por la creencia de que los excluidos o los pobres no lo son por el mercado sino por su propia incapacidad. Que el mercado les dio la oportunidad de integrarse pero están incapacitados para aprovecharla. Por eso sólo resta asistirlos en o mediante instituciones para personas con incapacidades.

La eficiencia es una noción clave para el neoliberalismo, que la gente usa sin conocer realmente. Según el mismo Banco Mundial, las ONGs o incluso la autogestión han sido más eficientes en la prestación de servicios sociales, y no es

porque insuman menos recursos en general, sino porque insumen menos recursos fiscales. Porque el trabajo voluntario no le cuesta al Estado, no presiona sobre los impuestos al capital, no compromete recursos que se quiere destinar al pago de la deuda externa o al salvataje del capital bancario en crisis. Pero además se quiere que se comporten como empresas, y para ello se manipula el contexto de acceso a recursos. Se crean fondos concursables para que las ONGS compitan entre ellas por obtenerlos...

Otro ejemplo: hay que mejorar la calidad de la educación. Nos proponen que el mejor mecanismo es que cada escuela tengan su proyecto institucional educativo y compita con las otras por los fondos para innovación educativa. Es más, se propugna que a través del sistema de cupones (vouchers) las escuelas tengan que competir entre sí por los alumnos (su mercado) para poder financiar sus costos, en el supuesto de que esto generará un efecto de incremento de la calidad de la educación. Otro tanto se da en el sector de la salud. También se presiona por la privatización de todos los servicios públicos.

¿Cómo se explica esta transformación? Se dice que cuando los servicios son gratuitos o subsidiados y el Estado no se rige por las reglas del mercado, lo que lo hace ineficiente, se genera un déficit fiscal, el Estado se endeuda o reclama más y más impuestos, si es que no causa inflación por la emisión de moneda sin control, y eso hace que se desaliente la inversión y la economía deje de crecer. Además, los servidores públicos, al tener la seguridad del empleo estable, no se preocuparían por dar buenos servicios a la población. A esto se suma la evidente corrupción del Estado y la falta de mecanismos de control de las empresas públicas por parte de los ciudadanos.

La solución que se propone es privatizar las empresas de servicios públicos, en el entendido de que las empresas privatizadas le van a dar mejores servicios a la gente porque la van a necesitar como clientes-usuarios, van a ser clientes que pueden comprar o no, y como la empresa los necesita para sobrevivir los va a atender bien, los teléfonos van a funcionar, las carreteras con peaje van a estar mejor mantenidas, las empresas van a incorporar las innovaciones tecnológicas de punta y se preocuparán por bajar los costos, lo que beneficiará a los usuarios, etc. etc. Toda esta retórica es falaz, porque el mercado en general no funciona así, menos aún el de los servicios públicos, que suelen ser monopolísticos. Pero aún si hay competencia, el mercado libre de restricciones morales ve a las necesidades de la gente como un posible negocio, lo que se da sólo si se convierte en demanda solvente por sus productos o si el Estado los compra para redistribuirlos (los empresarios pro mercado libre no suelen objetar las grandes licitaciones del Estado). El oferente nos puede hacer comprar cosas inservibles o convencernos de que lo que tenemos está obsoleto o volverlo obsoleto a la fuerza, como ocurre con tantos sistemas de computación en interacción con los programas o soft. Incluso cuando se pone a las escuelas o a las ciudades o a los candidatos políticos a competir entre sí, incorporan las técnicas del marketing, que ven a la educación, las ciudades, la cultura, los medios de comunicación, como un negocio. Todo ello convierte a los ciudadanos con votos iguales y derechos en

clientes con poder de compra desigual y sin otro derecho que el que da el mercado.

Se afirma incluso que hay que acabar con los medios de comunicación estatales (cierto que suelen ser aburridísimos pero esto no es intrínseco a su ser estatales si no que depende de si estuvieron en las manos correctas), que el mundo de la producción simbólica, la generación de ofertas culturales, actividades que inducen valores y pautas de comportamiento de manera directa, tienen que ser puestas en manos de empresas. La humanidad corre un gravísimo riesgo si la educación, la comunicación, la información, las religiones mismas, la producción de visiones del mundo, van a estar en manos de empresas que necesariamente tienen que competir en un mercado en el que tienen que comportarse de manera que el fin justifique los medios porque si no quiebran. Cierto es que hay ciertos límites morales, que no todas las empresas se portan igual, que hay maneras y maneras de competir, pero esos son matices de un sistema que lleva a las formas más perversas de la relación social. El mercado es un mecanismo ineludible de toda sociedad moderna. Pero sin regulaciones y límites políticos y morales, el mercado genera monopolios, corrompe la política, destruye oportunidades de trabajo, comunidades y vidas humanas.

La impronta de la empresa capitalista se pretende imponer también en las actividades productivas no empresariales. La economía doméstica genera -como extensiones de sus estrategias de sobrevivencia o de reproducción ampliada de la vida- una amplia gama de microemprendimientos. Se organiza un emprendimiento familiar para poder tener ingresos no asalariados, por la venta de algún producto o servicio, y su objetivo no es el lucro o la acumulación de riqueza sin límites sino mejorar las condiciones de vida. Cuando se quiere “ayudar” a este sector de la producción, los programas se diseñan en base al diagnóstico de que esos emprendimientos son irracionales, entre otras cosas porque confunden la economía doméstica con la economía de la empresa, que si se muere un familiar sacan plata de la caja para pagar el entierro. Esto los escandaliza: “así no hay empresa que sobreviva, hay que separar la familia de la empresa!”. Entonces les enseñan contabilidad, les enseñan a llevar registros para poder calcular sus resultados, se le enseña como hacer marketing, pero también se pretende cambiarles la cultura y los valores. Con ese paquetito se los lanza de nuevo al mercado con mil o tres mil dólares de capital de trabajo y la mayoría sucumben, porque lo que les permitía sobrevivir era racional para la lógica de la reproducción de la vida pero no lo es para la lógica de la reproducción del capital. El pensamiento único ve al mercado y a la empresa moderna como forma superior de organización de todo lo humano y, al hacerlo, destruye la vida humana.

Este sistema se sostiene como única alternativa pensable en base a un discurso teórico ideológico, tecnocrático, que hay que cuestionar mediante el pensamiento crítico. Pero también se sostiene en base al sentido común de técnicos, profesionales y de la gente en general. Un elemento neurálgico de ese sentido común que debe ser criticado es que “la economía no se toca”. Esto supone que pretender violar las leyes de la economía sólo puede generar un caos, y todavía

más polarización social, todavía más miseria. Nuestros pueblos vienen sufriendo el miedo a la represión física, a la inflación, al desempleo, a lo que se agrega ahora otro miedo más, el miedo al caos si se intenta contravenir el orden vigente y las estructuras de poder que lo comandan. ¿Y quién conoce, representa y vigila mejor el respecto a esas leyes de la economía? Los economistas.

Yo soy economista, espero que me disculpen... Los economistas se han construido un gran nicho de mercado. Aparecen como poseedores de unos conocimientos complicados y hablan en complicado para asegurarnos que su conocimiento es muy especial. Solamente ellos saben como funciona la economía, ellos están habilitados para certificar cada día que hay que hacer otros sacrificios más para que la economía pueda funcionar en el futuro. En la Argentina, acaban de decir los economistas que hay que bajar los sueldos de los empleados públicos entre un 12 y un 15%, y con eso ahorrar ochocientos millones de dólares para dar una buena señal a “los mercados” y a la larga ganar los empleos e ingresos que hoy perdemos ¿Por qué piensan así? ¿Por que los economistas están mirando a las señales y siguiendo las directivas de “los mercados”? Se habla del malestar de los mercados como si fueran personas, pero lo que los ministros de economía ven son los informes de los analistas de la bolsa, de los analistas de los grupos financieros, de los analistas de los grupos de inversión que están especulando y ganan circulando por el mundo. Los que entran a un país a ganar con la diferencia de tasas de interés y se van en cuanto pueden, un capital volátil y que nos vuelve vulnerables y explota a los trabajadores nacionales, que terminan teniendo que pagar los sacrificios que luego demandan las crisis del balance de pagos. Los que toman las decisiones están leyendo esos informes y, si se olvidaran de hacerlo, están los funcionarios del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial que les recuerdan su tarea. Nos dicen que están preocupados los analistas financieros y que tenemos que dar señales correctas para que digan: inviertan tranquilos en la Argentina, en el Ecuador.

El poder del capital financiero es innegable. Mueve miles de millones en minutos de un lugar a otro, y hace caer economías de la noche a la mañana. Es el capital que no para, el que está veinticuatro horas al día circulando, porque siempre hay una bolsa abierta en el mundo. Y ante ese poder, nuestro expertos nos dicen: “hay que ser responsables, no podemos desafiar ese poder”. Para ellos ser responsable es oír las señales de los analistas financieros, ser responsables es pagar la deuda externa, ser responsables es no asustar a los mercados. En cambio, para ellos la responsabilidad no incluye oír a la sociedad. Eso no forma parte de la responsabilidad, es cuestión de los políticos ver como hacen para mantener las cosas tranquilas allá fuera, mientras ellos deciden en sus escritorios para dónde va la economía. Se han convertido en una tecnocracia, son técnicos que substituyen al poder democrático. Esto se institucionaliza cuando el Banco Central deja de depender del gobierno de turno o, más aún, cuando desaparece y pasa a ser reemplazado por el Banco de la Reserva de Estados Unidos.

Crecientemente los Bancos Centrales y los Ministros de Economía están autonomizados del poder político. Ellos deciden la política económica y eso le da

mucha tranquilidad al Fondo Monetario Internacional, el que no haya “política” metida en la cuestión económica, que sería una cuestión técnica como dirigir un satélite en su órbita. Y sin embargo no hay nada más político que la política económica que se está llevando a cabo en esta región, porque es mediante el ejercicio del poder que se está cambiando las relaciones sociales, nuestra sociedad, nuestra capacidad para garantizar derechos humanos elementales y no tan elementales. Ellos en realidad necesitan no un Estado débil sino un Estado fuerte para imponer esas políticas. Necesitan, eso sí, reducir la carga fiscal del Estado de Bienestar y no van a tener problemas cuando ese Estado fuerte no cumpla con algunas de las reglas de la democracia electoral o de la Constitución en alguna oportunidad, si les garantiza ese interés fundamental.

En el discurso neoliberal se le dice a la sociedad que tiene que ser solidaria y filantrópica. El Estado tiene que dejar de estar ayudando a los que le faltan recursos y la sociedad tiene que atenderse a sí misma. Entonces, es difícil no interpretar el llamado a la filantropía y al “tercer sector” como complementos del proyecto de acumulación de poder económico y político. Más allá de que sea posible el altruismo, la beneficencia, etc, lo que presenciamos muchas veces es el canibalismo entre vecinos o competidores y la estigmatización social de los pobres y no el amor a los pobres. Esto no quiere decir que no haya gente que tenga otros valores y trabaje por los pobres, pero pensar que la sociedad es un mundo mejor que el Estado y la política, nos haría olvidar de las razones por las que existe el Estado. Si hubiera sólo sociedad civil, estaríamos probablemente matándonos los unos a los otros. Y de esa sociedad se espera que resuelva los problemas sociales! Un pensador francés dijo recientemente que “el altruismo privado es importante pero no se puede dejar a los sentimientos morales el cuidado de llenar las carencias de la acción política”. No se puede pensar que la sociedad y el altruismo van a resolver todo.

En cuanto al Estado y la política, están siendo introyectados de los valores del mercado. En particular, la política es mercado y los comportamientos políticos muchas veces no pueden explicarse sin la hipótesis de que su objetivo no es el declarado sino el afán de poder por sí mismo. ¿Qué poder? A veces están tan enlazados que es difícil de diferenciar entre la lucha por el poder político y el afán de lucro. A veces el político es directamente representante de un grupo económico o él mismo se enriquece. Pero también hay la posibilidad de que sólo sea lucha por el poder. Hay un mercado político, hay competencia entre los partidos políticos. Las Leyes jurídicas a las que el expositor que me antecedió hizo referencia organizan el mercado político.

Para concurrir al mercado político hay que llegar propuesto por un partido político, no se puede entrar de otra forma, no hay libre competencia, hay que entrar por un partido político. Cuando uno entra por un partido político y llega a ser candidato, generalmente ha soportado una serie de transacciones y contraído una serie de compromisos que le dejan poca libertad. Esta es la realidad, los partidos políticos luchan por el poder, compiten por el poder, saben que puede ser que se tengan que turnar, saben que hay un juego de roles entre ser gobierno y ser oposición,

hay competencia desleal pero también comportamientos de clase política, hay actitudes que no tienen que ver con la verdad, sino que tienen que ver con ser oposición en ese momento. Cuando un partido de oposición dice “no hay que hacer tal cosa”, una vez en el gobierno puede ser el que la hace.

Cada vez más la política es una actividad de venta de candidatos y de construcción de imagen de candidatos. El candidato debe tener buena imagen y cada vez más se contratan empresas de marketing para que hagan las campañas políticas. Las ofertas ni siquiera son las mismas plataformas políticas de los partidos, ideológicas, doctrinarias, sino que se dice lo que la gente quiere oír según las encuestas. La política es cada vez más mediática, cada vez más televisión y cada vez menos presencia y encuentro interpersonal. Por lo tanto, es cada vez más cara. Es tan cara que los candidatos no pueden pagarse una campaña ni los partidos podrían con las cuotas partidarias pagar una campaña. Por lo tanto, hay condiciones económicas de la política, hay compromisos que suelen acompañar la campaña de recolección de fondos para poder llegar al poder. Y la búsqueda de acumulación del poder sin límites puede autojustificar casi todo, incluso recibir dinero de las mafias de la droga, de la prostitución, del juego clandestino, de la venta de armas.

En la política hay cada vez más cortoplacismo, como en el mercado, y sabemos que el mercado da muy malas señales para organizar los recursos para el largo plazo porque está guiado por los precios de hoy. El mercado es muy malo para darse cuenta de lo que ocurrirá en diez o veinte años, y la política marketinera también. Hay poco espacio para pensar, proponer y actuar para realizar un proyecto de país a largo plazo que, por ejemplo, podría significar pagar los costos políticos bajo este gobierno para que obtenga los beneficios el otro (hasta en esta expresión se ve la intrusión de la economía en la política). Se confía, en cambio, que la gente olvidará las promesas preelectorales no cumplidas. El asunto es llegar o permanecer en el poder. La política es cortoplacista porque cada dos años se eligen diputados o concejales y cada cuatro años presidentes, y en cuanto se ganan las elecciones ya se empieza a pensar en las próximas, se sigue leyendo las encuestas como representación de la realidad que interesa más: la imagen del gobierno, de los posibles candidatos en la próxima.

Las encuestas son propias del mercado, toda la tecnología de encuestas de mercado se pasó a las encuestas de opinión pública. ¿Qué saca el empresario de las encuestas? Monitorea cómo reacciona el mercado a sus productos, le cambia el color y vuelve a medir, le cambia el envase y vuelve a medir, y va tomando las decisiones que le permiten ganar mercado ¿Qué hace el político marketinero? Lo mismo, está midiendo si dice una cosa que efecto tiene, o busca qué tema o que slogan se conecta bien con la gente-voto, y entonces dice eso. La economía está metida adentro de la política, no es una esfera que actúa como condición externa. Si un mercado libre se vuelve monopólico, ¿qué clase de democracia puede generar ese mercado?

Pueden decir ustedes que mi enfoque es muy negativo o pesimista. Hay muchas otras cosas en la realidad, políticos honestos, partidos con programas que trascienden la búsqueda del poder por sí mismo, relaciones dialógicas entre políticos, comunidades y ciudadanos, hay otras formas de hacer política. Sin duda. Pero estoy tratando de describir una parte de la realidad que es negativa porque el tema que me asignaron es “economía y democracia” y estoy mostrando que en lo político, en el sistema político, están introyectados los criterios, los valores, y los mecanismos del mercado y que esto es un peligro, porque querríamos que la democracia, que el sistema político, que la acción política tenga otro sentido y otros mecanismos de legitimación. El círculo se cierra cuando el político legítimo termina siendo el que defiende como principio fundamental la libertad encarnada en el mercado libre que es sólo libertad para los poderosos que le financiaron la campaña.

La democracia, sin embargo, plantea como principio fundamental la igualdad, no la libertad. Todo ciudadano, cualquiera sea su condición social, tiene derecho al voto. Se tardó mucho en que se fueran incorporando las mujeres, por ejemplo, a la posibilidad de votar, no hace mucho tiempo no podían votar en muchos de nuestros países. Pero la tendencia es a que todo ciudadano tenga derecho a votar. Somos iguales cuando vamos a votar, se dice, y todos tenemos que hacer cola en la mesa de votación. En el mercado no es así, allí se incentiva y multiplica la desigualdad. Hay una contradicción entre el principio democrático de igualdad y el principio de mercado de desigualdad.

Uno de los problemas que enfrentamos, creo yo, en la democracia tal como está funcionando, en la democracia real (se ha hablado mucho del socialismo *real* para no confundir la utopía socialista con las realidades del socialismo, hagamos lo mismo con la democracia) es que la hemos vuelto delegativa, es decir, se elige uno de entre el menú de candidatos y se deposita en él la confianza de que va a resolver todos los problemas. Se lo observa los primeros cien días o seis meses y si en cien días no se ve que puede resolverlos, las encuestas comienzan a caer y se repite este ciclo en todos lados ¿Por qué? ¿Qué se espera? ¿Que sepa o pueda resolver todos los graves problemas acumulados porque se lo puso en ese lugar? La delegación implica el castigo si no se cumple con la expectativa tan extraordinaria de que esa persona con su equipo van a resolver los problemas.

Esta no es una democracia representativa-participativa, donde muchos son corresponsables, cada cual en su grado, de los problemas y de las principales decisiones. Esta es una democracia en la que desde la sociedad o la economía se plantean demandas y el gobernante tiene que ver como responde a las demandas. Es muy distinto que los distintos sectores de una sociedad fragmentada planteen demandas y se esperen respuestas y priorizaciones del Estado, que esos sectores participando en un encuentro en que se diagnostica la situación de conjunto y busca solución a los problemas de una manera participativa y horizontal, estableciendo prioridades y compromisos desde una perspectiva que supera la suma de particularidades. Allí la resolución de los problemas no es

responsabilidad de una persona, o del ejecutivo, sino de todos los que participan. Ese es otro tipo de democracia.

En esta democracia delegativa, hay además mucha negociación de cúpula, mucho *lobbying*, mucho poder oculto, no hay transparencia, hay mucha corrupción por la vinculación con el lucro. Pero si esto no se cambia, y aquí viene otra relación con la economía, no vamos a poder cambiar la economía, porque el modelo de economía que se está imponiendo, el que genera el sesenta por ciento de pobres o más en un país como el Ecuador, se está negociando en la cúpula. La gente no tiene realmente la posibilidad de decidir si sale o no de la dolarización en la que todavía no terminó de entrar. ¿Podrían participar y decidir racionalmente? Si el sentimiento fundamental de la población es el miedo, el miedo al caos, podemos encontrar que, paradójicamente, los sectores que más necesitan un cambio de sistema se tornan conservadores, y que las minorías dominantes asumen el papel de revolucionarios. Algunos antropólogos han estudiado que cuando una población pasa durante mucho tiempo condiciones de necesidad extrema se vuelve muy conservadora, no quiere ningún cambio, prefiere esa situación donde más o menos puede sobrevivir que la posibilidad de un cambio que implica riesgos.

En nuestros países ha habido un trabajo fino para lograr la pérdida de voluntad de las mayorías para elegir no candidatos del menú fijo sino el Estado o la economía que queremos o que podemos tener. La deslegitimación de las instituciones de la democracia –y sin duda hay muchos cómplices en ellas de tal pérdida de legitimidad- es parte de ese trabajo fino. Incluso cuando aparece un nuevo sujeto colectivo como es el caso del Ecuador, pronto los medios empiezan a dejar traslucir que en el fondo no es tan bueno, que no está formado por ángeles, que también hay corrupción en su interior, que también hay intereses particulares allí.

¿Hay alternativas a este sistema? Para salir de esto, a mi juicio, y es una idea modesta para discutir, hay que avanzar simultáneamente en la democratización y en la transformación de la economía. Hay que tocar la economía, pero no puede ser tocada porque a un experto se le ocurre que hay que cambiar en tal o cual dirección. Tiene que ser tocada desde un sistema democrático de decisión, consciente de los costos, de los riesgos, de las posibilidades que tiene la transformación de la economía. Hace falta darle sentido a la democracia como sistema que garantiza los Derechos Humanos jerarquizados desde el derecho a una vida digna para todos. No para las minorías exitosas, sino para todos.

Una democracia con representantes pero con una ciudadanía participante, donde lo local sea un ámbito importante para empezar a acumular voluntades y experiencias para refundar un estado más democrático, donde el político sea un personaje importante, querido y valorizado, porque es un mediador entre los diversos miembros de la sociedad, no porque sea representante de un interés particular que presenta como interés general, sino por que ayuda a hacer que las partes de la sociedad se encuentren y fortalezcan en ese encuentro, porque no evita sino que regula el conflicto social buscando formas de superar su efecto

paralizante. Hace falta una mediación entre el conocimiento de lo global y las particularidades de las necesidades de cada situación.

Una democracia donde el poder lo tengan las mayorías, que hoy evidentemente no es el caso, donde haya justicia, donde no haya más impunidad (la impunidad es un factor económico -podría demostrarse que la existencia de la impunidad desestimula una cantidad de acciones económicas para el desarrollo-), donde no haya corrupción en la administración de los recursos públicos, donde los funcionarios sean responsables y rindan cuentas, donde haya credibilidad y confianza, base de un desarrollo económico interdependiente, donde cada uno puede depender del desarrollo de los demás.

Pero no se puede esperar a que haya otra democracia. Hay que ir desarrollando otras estructuras económicas que ellas mismas sean equitativas. Y eso fortalece las bases de autonomía de la ciudadanía, hoy atrapada por la necesidad extrema en el aparato clientelista. No es cierto que si logramos crecer se va a derramar el resultado del crecimiento y va a desaparecer la desocupación, la miseria y la pobreza. Esto no está pasando, porque incluso donde hay crecimiento puede ser con más desempleo, por las nuevas tecnologías, por las nuevas relaciones económicas, por la globalización de los mercados. Es imprescindible generar estructuras económicas nuevas, economías centradas en el factor que hoy el capital considera sobrante: el trabajo. El capital no necesita tantos trabajadores ni tanta población trabajadora, pero desde el punto de vista de los Derechos Humanos, el trabajo y la realización a través del trabajo son un recurso fundamental que estructura motivaciones básicas para el desarrollo socio económico.

Desarrollar estructuras económicas centradas en el trabajo no quiere decir dar crédito a las empresas que más empleo dan. Eso también hay que hacerlo, pero no es suficiente. Hay que desarrollar la economía doméstica, los trabajos individuales autónomos, los microemprendimientos, las pequeñas y medianas empresas, formas asociativas, redes de productores, redes de abastecimiento. Hay que posibilitar que las mayorías usen el poder colectivo de compra que tienen y que hoy no usan y desconocen. Porque la mayoría sigue siendo mercado, sigue comprando leche, arroz, fideos, artefactos, ropas, materiales de construcción, libros y cuadernos, etc. y para la industria o el comercio ese mercado es importante. Puede ir cada uno a comprar al precio que le imponen o se puede ejercer un poder en el mercado como compradores, para bajar los precios, o para cambiar la calidad. Esto se ve muy claramente en los movimientos de usuarios de servicios públicos, que pueden forzar a las empresas privatizadas a dar al público otra clase de servicios o impedir el alza de las tarifas.

La inversión fundamental para esta economía es la educación. Si el activo fundamental de la economía del futuro no es tanto la tierra o el acceso al crédito como el conocimiento y la información, es preciso ver como prioritaria la inversión en el sistema educativo. Hoy se sigue planteando como problema central el acceso a la escuela. Pero lo central es que, aún accediendo la educación, esa

educación es de dos tipos: la educación para pobres y la educación para ricos y, posiblemente, ambas de muy baja calidad en relación a las exigencias del futuro. Una economía y una democracia efectivas exigen revolucionar y democratizar la educación y el acceso al conocimiento. Esto implica transformar en serio el sistema de educación porque esa es la principal inversión para el desarrollo futuro.

Hay que transformar los sistemas fiscales, que tienen que ser progresivos y no tiene que haber evasión como la hay hoy. Es necesario desarrollar formar públicas de control de presupuesto y participación en la definición del presupuesto. Con un Estado más democrático y con una ciudadanía que no esté atrapada en las relaciones clientelares, porque está en niveles de carencia máxima, sino que pueda comportarse como ciudadano. Porque definir al ciudadano como portador de un voto igual al de los demás es retórico cuando hay amplios sectores que viven en el límite de la sobrevivencia, y el voto deja de ser un derecho para ser un recurso que da acceso a medios de vida.

Una sociedad y un Estado fortalecidos pueden crear bases para otro desarrollo social y político, refundarse a sí mismos, recuperando las formas de soberanía que corresponden a un mundo globalizado. Sigue existiendo y debería potenciarse el sistema de las Naciones Unidas, hay una Organización Mundial del Comercio, hay directorios de la banca internacional, y allí estamos representados por tecnócratas que no representan los intereses de las mayorías, porque las bases nacionales de la democracia son débiles, porque se compite antes que cooperar. Con otras bases podríamos tener otra voz conjunta desde esta región en el mundo.

Quisiera decir finalmente, parafraseando a Guillermo O'Donnell, un compatriota politólogo, que debemos hacer una crítica democrática a la democracia. Es decir que no hay que salirse de la democracia para criticarla y pretender sustituirla desde afuera, sino que hay que usar las libertades remanentes que la democracia aun nos permite, para criticar esa democracia real y perfeccionarla y transformarla. Desde ese punto de vista, tenemos que hacer que las demandas y los intercambios clientelares se conviertan en derechos y responsabilidades bien establecidos. Para ello hay que luchar desde dentro de este sistema político y conjugar esa lucha con otra desde dentro de este mercado. Desde ese punto de vista, uno de esos elementos instalados en el sentido común es que la política es necesariamente algo contaminante, sucio. Hay que romper con eso creando otras experiencias, otras ejemplaridades, recuperando el valor de la política, porque renegar de la política es renegar de la democracia.